

rica. La cuestión del otro”. Difícil de ubicar, porque no obstante el título, no se trata de un trabajo de metodología. Estrictamente, ni siquiera tiene el propósito de ser un libro de historia. Se trata, el autor nos previene, de una historia ejemplar. Si alude a la conquista de América es para mostrarnos lo que no se debe hacer: la negación del “otro”.

Al proponer como ejemplar la zaga de la Conquista (de hecho contempla también al Descubrimiento) hace uso de un nada desdeñable conocimiento de sus cronistas. Lingüista de profesión, propone al lenguaje como instrumento cuyas limitaciones explican el fracaso de los indígenas frente al embate de la cultura occidental. El lenguaje —nos dice Todorov— en tanto que técnica de comunicación es susceptible de comparación, justamente en su mayor o menor capacidad de comunicar. De esa manera, nuestro autor se sirve del lenguaje para contrastar las dos culturas que se encuentran, para ponderar sus diferencias y hasta para ubicarlas en

un orden jerárquico. En efecto, la comunicación, la eficacia del lenguaje, es progresiva y acompaña al desarrollo de la sociedad. Por ende, a una mejor comunicación corresponde una sociedad en una etapa posterior de desarrollo. Si en algunos aspectos las culturas en cuestión estaban en estadios equivalentes de desarrollo, en términos del lenguaje los europeos llevaban la ventaja. Esta ventaja fue la decisiva.

El ensayo, riguroso, organizado y documentado aporta una explicación singular a la inquietante pregunta, sin resolución cabal, de cómo resultó posible que una partida de aventureros derrotara a un imperio. Con seriedad y conocimiento sopesa los esfuerzos de comunicación de Colón, Moctezuma, Cortés y de varios de los más sobresalientes cronistas, para explicar la destrucción de la cultura prehispánica como un fracaso de comunicación.

Este esfuerzo científico tiene un explícito propósito ético: avisar. Tenemos que, por ello, sufrir viendo a Las Casas o a Sahagún

en el banquillo de los acusados e incapaces de defenderse: no aceptaron plenamente al “otro” americano y terminaron negándolo. Paradójicamente, un libro que quiere prevenirnos del peligro del desconocimiento del “otro”, no toma en cuenta al sujeto histórico de su propio ejemplo. En todo el tiempo de la lectura, quisiéramos poder decirle al autor que la otredad, su percepción, es también histórica y que Las Casas no pudo ser etnólogo.

Y sin embargo se nos dijo desde el principio que se trataría de una historia ejemplar. Una historia concebida para prevenir y que, como tal, tiene una tradición en nuestra cultura tan antigua como el quehacer histórico mismo. De cualquier forma, si lo admitimos será a regañadientes y sólo después de un intenso esfuerzo reflexivo. Esta es la mejor carta del autor: haber escrito un libro que obliga a la reflexión y que aporta —como sedante al enojo del lector— una visión sugerente, novedosa, de la crónica de la Conquista.

La vía nacionalista

Esther Acevedo

Daniel Schavelzon, *La polémica del arte nacional, 1850-1910*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

El tema del nacionalismo en el arte mexicano requiere de la consideración de ciertos límites; ser nacional, ser mexicano ha estado

señalado en distintos momentos por las definiciones propuestas y buscadas por cada uno de los sectores. Y en más de una ocasión, a la cultura se la ha entendido como una autoafirmación que contribuye a vertebrar un proceso de cohesión en todas las clases. El tema del nacionalismo, aun en el terreno de la interpretación y el co-

mentario histórico, parece caer en la cárcel del dogma. De aquí la importancia de destacar la especificidad de cada contexto.

Lucas Alamán, uno de los escritores más consistentes entre los conservadores, propuso que el país que emergía de la lucha independiente era producto de los principios inculcados en la Colo-

nia, mientras que Carlos Ma. Bustamante, desde la otra tribuna, condenaba la opresión colonial y en cambio justificaba la independencia promovida por Hidalgo y la vinculaba al pasado prehispánico. Si bien estas dos posturas se han encasillado en las tendencias conservadora y liberal, muchos dijes del siglo pasado las fatigaron en distintos momentos de sus vidas, no sin soltar sus propios juicios. El rescate y la interpretación de lo prehispánico, en el siglo XIX, corrió al parejo de la creación del Museo Nacional Mexicano en 1825, la protección de los sitios y su explotación, la legislación sobre la materia, la declaración de las zonas como propiedad nacional en 1862. El indígena como ilustre antepasado, en un ámbito especialmente adverso y cruel con los indios, creó sus propias confusiones en el rescate de los asuntos prehispánicos; no sólo se habló y escribió bastante sobre el pasado y presente de estos dos mundos, sino que también se esculpió, pintó, grabó, litografió y fotografió hasta el cansancio.

Esta antología sobre el estilo "neoprehispánico" en la arquitectura del porfiriato, preparada sobre criterios muy poco claros por Daniel Schavelzon, ofrece una interesante variedad de fuentes pero sin ubicar la producción arquitectónica como un colofón, o como una respuesta tardía a la polémica que suscitó en la República Restaurada el príncipe liberal que llegó a "ordenarles" el mundo a los conservadores. Schavelzon identifica como términos paralelos lo nacional y lo prehispánico, lo cual no deja de ser una confusión, y no se preocupa por sus límites temporales. Si bien es cierto que lo prehispánico ha sido parte del discurso nacionalista, a lo largo

del siglo XIX los asuntos prehispánicos recibieron distinto trato. Para ubicar los antecedentes de su tema, Schavelzon escogió ensayos que se publicaron entre 1976 y 1982, cuando podía haber enriquecido su antología con la propia polémica sobre la creación de un Arte Nacional entre críticos e historiadores como Ignacio Manuel Altamirano, Jorge Hammeken y Mexía y José Martí, quienes en 1874 y 1875 propusieron líneas para la creación de un arte nacional. Schavelzon escogió, en cambio, un texto de Altamirano de principios de la década de los ochenta para incluirlo en el capítulo IV, "El arte porfirista y lo prehispánico", en el que desarrolla otros puntos de la misma corriente nacional en la pintura, escultura y literatura, lo cual resulta confuso pues la polémica se dio antes.

Este artículo de Altamirano ofrece la historia sobre el llamado a las artes para la creación de un arte nacional y da cuenta de cómo los pintores ya habían cumplido, pues dice: "ésta sí era la pintura nacional, concebida con gran talento, inspirada en la naturaleza y ejecutada con sentimiento artístico y original que ha sorprendido". Schavelzon sitúa a Altamirano en el periodo porfirista y no en los antecedentes de la polémica, con lo que impide ubicar el problema de la arquitectura en un desarrollo diferente al del resto de las artes en el desfase connatural que los diferentes géneros tienen para dar respuesta a exigencias de la sociedad; y por esto mismo, al situar a las otras artes en el capítulo IV y no como antecedentes, Schavelzon se sorprende de lo "realmente temprano de un artículo de 1875 en donde se narra (. . .) una reunión artística realizada en la casa de

un señor coleccionista y amante de las antigüedades, quien no sólo poseía una enorme colección de pinturas con motivos indígenas y prehispánicos, sino que también había construido un salón azteca para ubicar sus colecciones. Hubiera sido digno de verse". Este coleccionista no era otro que el Lic. Felipe Sánchez Solís, quien se decía descendiente de "la familia imperial azteca" y había patrocinado las pinturas: "El descubrimiento del pulque" (1869) de José Obregón, "La prisión de Cuauhtemotzin" (1875) de Santiago Rebull y "La deliberación del senado de Tlaxcala" (1875) de Rodrigo Gutiérrez para el salón de su casa. Para la década de los ochenta, cuando Schavelzon sitúa el inicio de la polémica sobre la arquitectura, la pintura ya había inundado las exposiciones, los salones del Palacio Nacional, las oficinas públicas, los museos y los concursos nacionales —y la escultura le seguía muy de cerca. La polémica se había dado en diferentes ámbitos y las obras se materializaban poco a poco, y cada una dentro de la lógica de desarrollo propia de cada una de las artes.

Los límites que cierran el fenómeno constructivo a la manera neoprehispánica durante el porfiriato tampoco se establecen, y así en el capítulo "Los estertores de la agonía" se incluyen los estudios de Carlos Monsiváis, Rivera y el propio Schavelzon, que si por un lado admite el "final del arte neoprehispánico y la apertura de nuevas corrientes que van a utilizar lo indígena (sic) con un sentido nuevo, diferente", en la siguiente página afirma que "en 1923 la polémica del arte nacional había trascendido de la cultura y la arquitectura, a un nuevo campo: la pintura mural".

No obstante la importancia que

Schavelzon le dio a las imágenes en esta antología, a tal grado que en el citado capítulo IV armó “una galería” de lo prehispánico en el siglo XIX, aquéllas más que apoyar a los textos aparecen como meras curiosidades. La antología incluye 30 imágenes que cubren todo el siglo —a partir de 1833— sin ningún orden temático, conceptual o técnico; apare-

cen pinturas, portadas de libros, acuarelas, litografías, grabados, arcos triunfales, carteles callejeros, tumbas y monumentos. En algunos casos los pies de imprenta están incompletos y en el caso de “La cazadora de los Andes”, por ejemplo, el cuadro de Gutiérrez se le atribuye a Cordero. Si Schavelzon realizó esta selección como complemento para el capítulo “El

arte porfirista y lo prehispánico”, debió sujetar su galería a eso; sin embargo, el hecho de haber usado cualquier imagen que tuviera presencia prehispánica nos lleva de nueva cuenta a refrendar que Schavelzon no entendió cabalmente lo que significó en su especificidad el rescate de un cierto pasado prehispánico en el porfirato.

Los trabajadores también participaron en la expropiación

Mario Camarena

Varios autores, *Los trabajadores ante la nacionalización petrolera*, CIH-Instituto de Investigaciones Humanísticas, Jalapa, 1988, 269 pp.

El presente texto se compone de diversos ensayos que tratan la experiencia de los trabajadores durante la nacionalización del petróleo en México. El problema es analizado desde diferentes perspectivas: los orígenes de la clase obrera, sus relaciones laborales, las formas administrativas, los modos de cohesión y de organización de los petroleros, el papel del sindicato en la nacionalización y los efectos de ésta en los trabajadores.

Los autores se preocuparon por entender y explicar la vida de los petroleros que vivieron aquel momento histórico, ya sea por medio de la investigación formal, o bien recurriendo a las experiencias personales y a la historia oral. La forma que eligen para reconstruir e interpretar el suceso se debe, en

parte, a su origen: unos son investigadores; otros reviven su propia experiencia como trabajadores petroleros, y algunos más, hijos de obreros petroleros, recuperan la historia de sus padres.

En algunos ensayos el análisis se hizo desde la óptica de un estudio de caso, mientras que en otros se adoptó una perspectiva más amplia. Ningún método es intrínsecamente bueno o malo, principal o marginal, sino que su valor depende de la capacidad que tenga para explicar a la clase obrera y a la sociedad en que se encuentra localizada.

La expropiación petrolera es vista como un momento en el cual se expresaron y contrapusieron entre sí diferentes fuerzas sociales, y en donde los trabajadores lucharon por ganar espacios de control dentro de las compañías petroleras. Al mismo tiempo, se fue creando una nueva cultura política de la clase obrera, mientras ocurrían transformaciones profundas en las formas de producción y de organización de la

industria petrolera, sus relaciones con el estado y, desde luego, con la sociedad. En este texto se avanza en una perspectiva original: nos presenta el punto de vista de los trabajadores y el papel que desempeñó su organización sindical en el proceso de la nacionalización petrolera, pretendiendo terminar así con la concepción dominante donde la nacionalización fue obra del estado mexicano. La lectura de los ensayos nos lleva a responder diversas interrogantes: ¿Qué características tenía la industria petrolera? ¿Cómo vivieron los trabajadores la expropiación? ¿Cuáles fueron las causas que dieron origen a la nacionalización del petróleo? ¿Cuáles fueron los efectos de la expropiación?

Fabio Barbosa, en “La situación de la industria petrolera en 1938”, sostiene que para entender al sindicato petrolero se necesitan explicar las características de la industria del petróleo. Sin embargo, en su ensayo privilegia el examen de la producción del crudo, su refinación y su comercialización en